

· Relax en la Costa ·

Olaya Hernandez-Franco



Capítulo 1

Soy muy amante de la lectura, aprendí a disfrutarla a muy temprana edad, y pienso que es un hábito determinante en la educación y avance social de la gente. Considero que no hay lectura buena ni mala, y que todo lo que nos llega a las manos tiene un propósito para nuestra vida, en algún momento de ella. La lectura nos cultiva y nos hace comprender mejor el mundo que nos rodea, a la gente en su individualidad y a la sociedad como entorno y ambiente para realizarnos integralmente. Quizás por ello, siempre he sido una persona respetuosa de la manera como cada quien lleva su vida, acaso con el deseo de que mi propio modo de vivir sea así respetado.

Estaba disfrutando de este placer un fin de semana, hace algunos años, tumbada en una hamaca, en el balcón de una pequeña posada a orillas del mar. El detective Monsieur Poirot estaba en medio de una de sus aventuras, cuando súbitamente un ruido repetitivo y molesto me sacó de concentración. Escuché con algo más de atención, y ubiqué el machacón ruido en el balcón colindante. Traté de identificarlo: era como el chasquido de un látigo seguido del arrastrar de una cadena. Más bien con la frecuencia de un disco rayado, el sonido se me hacía curiosísimo, al no poder identificarlo en mi cabeza plenamente. Me levanté, y me acerqué al balcón vecino tratando de no ser notada, ocultándome tras unas plantas, y miré adentro...

A duras penas logré divisar una especie de columpio o de hamaca, donde una pareja se mecía desnuda, ella sobre él, mientras se besaban apasionada y lentamente. Parte del ruido –el arrastrar de cadenas– procedía del balanceo del artilugio, producido al rítmico vaivén de ella cuando tomaba impulso, pero... ¿y el otro? La curiosidad me mantuvo en silencio, atenta y muy quieta, para no ser percibida mientras observaba cómo cada vez era mayor la intensidad del encuentro.

Era una pareja no muy joven, y era notorio que se complementaban perfectamente en el sexo, pues la danza fluía hermosa y sin aspavientos, sin interrupciones, sin movimientos de duda o indecisión. Las manos iban de la cabeza a la espalda, de los traseros a los hombros, de las cinturas a los sexos sin estorbos ni tropiezos. Las bocas seguían el mismo ritmo encantador de los cuerpos, con oleadas de deseo y rendiciones ocasionales, lo que me demostraba que no era su primer encuentro sexual ni unos improvisados en las artes amatorias. La mujer estaba sobre su amante a horcajadas, con ambas piernas rodeando la pelvis masculina, impulsando el singular columpio con su propia cadera encajada en el

cuerpo de su pareja, mientras él mantenía el balance con las suyas.

Yo estaba extasiada, descubriendo el placer de mirar esa hermosa manera de hacer el amor, y tocándome a mi vez tratando de percibir lo que veía... no sentí que mi pareja había entrado a nuestra habitación; y viéndome fisgonear al cuarto vecino, se acercó sigilosamente a mi espalda. Al darse cuenta de mi estado, se desnudó y se pegó a mí, tapándome la boca justo a tiempo para evitar ser descubierta. Tras la sorpresa inicial, al darme cuenta de que estábamos ambos en el mismo "modo voyeur" toqué su mano con suavidad, dándole a entender que no iba a emitir ni un sonido que me delatara.

La pareja estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de nuestra presencia casi dentro de su balcón, iniciando su galope acompañado de gemidos y exclamaciones de placer, lo que nos puso la sangre a mil y nos encendió más que una película porno. Mi pareja suspiró en mi cuello, manifestándome así cuánto lo encendía la escena, a lo que yo respondí guiando su mano hacia mi entrepierna, donde escurría mi miel y el calor era tangible. Moví mi cadera al ritmo de la pareja, mientras una mano de mi amante entraba tocando y expandiendo, chapoteando en mi dulzura, y con la otra puesta debajo de mis senos me apretaba contra sí y acariciaba mis pezones por turnos, y dejándome sentir su dureza entre mis nalgas.

Subrepticamente mojaba su glande con mi miel, que empujaba muy despacio con la mano que acariciaba mi sexo, con lo cual ya estaba bastante empapada entre las dos durezas. Cerré los ojos para maximizar la sensación de su cuerpo en el mío, el sonido del encuentro cercano de los vecinos y el palpitar de mi corazón en todo mi ser... Sin ver, solo sentía cómo mi cuerpo se abría, se expandía hacia su pivote grande y duro, urgido de mi abrazo vaginal, deseando empotrarse en mí como yo que lo hiciera. Pude percibir las vibraciones eróticas en el ambiente, su olor a macho deseoso, las feromonas que emanaba mi sudor, el rumor del mar y el romper de las olas como música dramática de mis sensaciones.

Así fuimos in crescendo, acompañando de incógnito a la pareja vecina con nuestra propia fantasía, disfrutando nuestro calor, nuestro misterio, nuestro secreto. Escuchamos el agónico sonido acelerado de la hamaca columpio, a dúo con la voz de la chica, y sintonizamos nuestra propia velocidad a esta última canción... y llegamos a nuestra deliciosa explosión los cuatro, cubiertos por alguna misteriosa fuerza escapada de las manos de Eros, que seguramente el mar trajo hasta estas costas.